

fue inmediatamente llenado por los banqueros, particularmente italianos, que controlaron así el comercio con América, y donde algunos nombres españoles, como el de Simón Ruiz, formaban minoría. Pero la Inquisición tuvo íntima vinculación con los ideales caballerescos, la ambición de una nobleza que aspiraba a una mayor participación en los negocios, y el entorno social en que se insertaba su actividad. El mismo Kamen señala que, en líneas generales, no puede afirmarse que la Inquisición fuera impopular: «La Inquisición no fue la imposición de una siniestra tiranía sobre un pueblo reacio a admitirla. Fue una institución que nació de una situación político - religiosa particular, impelida e inspirada por una decidida ideología cristiana vieja, y controlada por hombres cuyos puntos de vista reflejaban la mentalidad de una gran masa de españoles. Fue popular al igual que los conceptos erróneos son populares. Las excepciones estuvieron constituidas por algunos intelectuales aislados, y otras personas cuya raza era suficiente para excluirlos del seno de una nueva sociedad erigida sobre la base de un conservadurismo triunfante y militante». Se apoyaba, sobre todo, en el antisemitismo, atizado en la opinión popular por la serie de atrocidades que se hacían circular sobre el comportamiento de los judíos, y sobre la duplicidad de los conversos. No obstante ello, cuando se establece, en 1483, el Consejo de la Suprema y General Inquisición, el primer Inquisidor General se llamó Fray Tomás de Torquemada, un judío converso.

Esto, y el hecho de que la sangre conversa estaba muy extendida ya en España, hace necesario reconsiderar la importancia que se le ha venido adjudicando tradicionalmente al factor persecución religiosa y adecuar el problema en sus verdaderos términos. Como deja sentado Kamen en su libro, la persecución se agudizaba cuando era necesario actuar contra ciertos grupos sociales. Las listas de acusaciones por herejía, por ejemplo, no muestran casi gentes de oficio, y si, en cambio, muchos comerciantes o financieros. Si en la España moderna la Inquisición cumplió un papel eficiente, éste fue, sobre todo, como instrumento de la lucha de clases, pese a que muchas veces desbordó sus propios fines, como suele suceder con todos los instrumentos de poder. Su papel más señalado fue, sin duda, que logró implantar la ideología del grupo social dominante, y evitar que existieran cuestionamientos. El autor anota con acierto que: «La Inquisición comenzó a desmoronarse sólo cuando el régimen que la creó comenzó a debilitarse, y cuando el personal de tal régimen, las secciones administrativas de la clase dominante, comenzaron a hacerse preguntas sobre la armazón de la vida económica y política de la nación».

Se trata de una interpretación marxista de la historia de las actividades del Santo Oficio en España y, como toda visión histórica, susceptible de matizaciones y de ser completada con múltiples referencias. Tiene, no obstante, la virtud de presentar un estudio serio, que ha utilizado los repositorios donde se incluyen los procesos de la Inquisición, y que abre nuevas pautas para una revisión de la historiografía liberal, o de polémica religiosa, que ha circundado hasta ahora el tema. ■ **NELSON MARTINEZ DIAZ.**

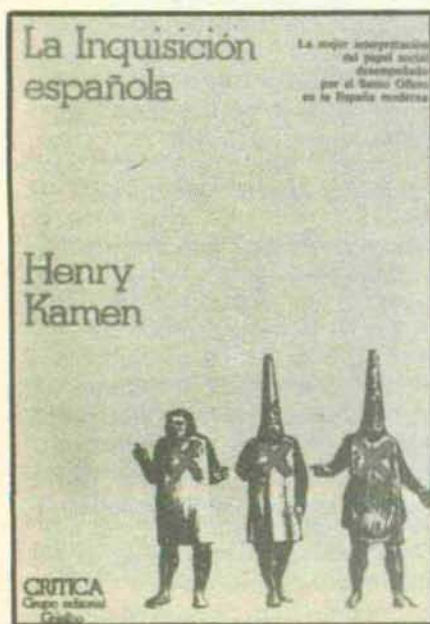
HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO CANARIO

Si bien la historia de un pueblo no se restringe a su problemática económica, porque siempre es más compleja y

polivalente que ésta, sin embargo, cabe considerar este factor como condicionante de la mayor parte de la vida social.

La «Historia del Movimiento Obrero Canario» es importante por el enfoque con que encara las luchas populares, por el rigor investigativo y crítico y por la amplitud de información, pero, además, porque un estudio de este tipo, desenmascarador de las élites dominadoras de la cultura, no había sido concebido aún para esa zona. La finalidad de la obra queda explicitada en la Introducción: «Confiamos que este trabajo sirva a nuestros lectores y, particularmente, a los trabajadores canarios para profundizar en el conocimiento de su historia, recobrar su «paternidad» ocultada y negada, reflexionar sobre las luchas y sus resultados y, en definitiva, adquirir una visión de conjunto sobre la situación actual y los problemas heredados» (pág. 6).

La gran masa de trabajadores de las islas, cuya economía es casi exclusivamente agraria, está formada por campesinos, a excepción de aquellos que dependen de las empresas exportadoras y comerciales. Este campesinado está constituido por una minoría de colonos y pequeños propietarios y una mayoría de proletariado rural (jornaleros y braceros que «venden su fuerza de trabajo a los grandes terratenientes»). La estructura productiva consolida y es consolidada por una oligarquía que se basa en el dominio de la tierra. El alto valor del suelo, debido al labo-reo especulativo y al proceso desamortizador que incidió sobre las propiedades del clero y de los predios comunales, permitió la concentración de la propiedad en manos de unos pocos. Así se aceleró la proletarianización campesina que se vio arrastrada a una situación de miseria y debió recurrir a la emigración. Por esta causa, la pirámide poblacional presenta un perfil desequilibrado, mayoría de ancianos, de menores y neto predominio de la mujer entre los 15 y los 45 años.



Un pequeño sector de la población está relacionado con el rubro «servicios», en especial el doméstico, para los mismos señores de los que se habla antes, además, se suman algunos militares, funcionarios y religiosos. Es característica la débil proporción de profesionales «liberales», si bien se da un proceso ascendente a finales del siglo pasado.

La burguesía comercial canaria conforma un sector escaso y dependiente de los grandes grupos extranjeros, por eso la actividad mercantil es pobre hasta principios de siglo. También lo es la de los artesanos, debido a que carecen del apoyo del capital local.

Después de 1880 y ante el vuelco de la coyuntura depresiva, se produce un rápido crecimiento de los dos núcleos urbanos más importantes: Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas de Gran Canaria, por lo que serán los centros portuarios más activos de la región, si bien mantendrán entre ellos ciertas diferencias. En Santa Cruz predomina la pequeña y mediana burguesía que permite planteamientos políticos más progresistas, mientras que en Las Palmas destaca la oligarquía. En ambas, el desarrollo del proletariado urbano está marcado por un proceso «lento y contradictorio». «La situación, pues, de las clases trabajadoras se caracterizará por la total dependencia de los caciques que representan o constituyen las clientelas locales o insulares de la oligarquía agraria» (pág. 35).

La obra diferencia con fines metodológicos, las luchas de los trabajadores antes de 1870; el «incipiente obrerismo» de 1868 a 1876; la etapa «vacía» de 1876 a 1900; el nacimiento del movimiento obrero en Canarias que ubica de 1900 a 1914; la recuperación y organización obrera de 1920 a 1931; el auge de 1931 a 1936 y la represión de 1936 a 1940.

Con el nuevo siglo se plantea para el movimiento obrero una etapa en la que surgen diferentes gremios con clara conciencia de clase. En-



tre 1913-14 se crean las Federaciones Obreras como forma unitaria de acción. Esta situación es favorecida por la organización capitalista de la explotación de los cultivos de plátanos, tomates y patatas; la constante proletarización del trabajador del campo junto al surgimiento de un incipiente proletariado urbano; la reactualización de la ideología republicana con el desarrollo de su prensa partidaria; el aumento de las necesidades de consumo en las ciudades; las migraciones del campo a la ciudad portuaria; la influencia de deportados anarquistas y socialistas. Luego viene una época negativa: seis años signados por el paro, el hambre, los bajos salarios y la carestía de la vida; años en los que, sin embargo, se perfilan las dos corrientes que serán hegemónicas en el movimiento obrero, es decir, el anarcosindicalismo y el socialismo. «Se supera lentamente el marco de protección paternalista de los respectivos partidos republicanos y se adquiere progresivamente una autonomía de acción, de organización y de ideología que manifiesta de forma incipiente un destacado grado de madurez, alcanzado en apenas una quincena de años» (pág. 135).

Durante el gobierno de Primo de Rivera, el movimiento obrero padece un retroceso a causa de las persecuciones a los anarquistas y

las restricciones que, para su expansión, sufren los socialistas. El periodo más activo será de 1921 a 1923, si bien recién en 1931 reaparecerá la combatividad de las Federaciones.

El cambio político acaecido el 14 de abril de 1931, con la asunción al gobierno del partido socialista ofrece una coyuntura diferente. Las nuevas libertades permiten el desarrollo y organización de las distintas corrientes sindicales. Esta situación favorable se frena con la llegada al poder del grupo lerrouxista - cedista, hasta que en febrero de 1936 con el Frente Popular se vislumbran otras posibilidades.

El levantamiento militar, apoyado por el capital nacional e internacional, las organizaciones de derechas y el clero más reaccionario, utilizó los clichés comunes para justificar su rebeldía e imponer un orden dictatorial, tanto en la península como en las islas. «Conseguido el efecto inicial y el control global de la situación de las islas, los pasos siguientes se orientarán a la eliminación de los reducidos focos de resistencia, a la prevención de cualquier intento de contragolpe o movilización popular y al descabezamiento inmediato del Frente Popular y de las organizaciones políticas y obreras integrantes del mismo...» (pág. 299). Los pocos focos de resistencia son desarticulados; la represión sistemática acabará con ellos. El costo fue escaso para el ejército, pues Canarias fue dominada rápidamente, sin embargo, sus acciones fueron brutales y absurdas... «Hoy, pasados más de cuarenta años de esta tragedia colectiva, se ha caído en la cuenta de que la victoria era realmente pírrica y ridícula. Que la necesidad de dar cauces al pueblo y al ejercicio de su libertad se impone» (pág. 317). Estos son algunos de los conceptos de un trabajo esencial para la comprensión social y política de la problemática del campesinado y el surgimiento de la clase obrera urbana canaria. El autor no sólo ma-

nifiesta una lúcida capacidad investigativa, sino un espíritu comprometido, crítico y no dogmático. En síntesis, obra recomendable para obreros, estudiantes o simplemente lectores inquietos en la búsqueda de datos que no oculten la realidad (1). ■ **MARIA VICTORIA REYZABAL.**

(1) Para los interesados en esta temática, ver «Canarias... a lo claro», obra en la que colabora el mismo autor, Editorial Popular, Madrid, 1980.

LOS BASTIDORES DE LA HISTORIA

NO encuentro en absoluto casual la elección del motivo de portada de este libro (1). Esa serie de diez sellos representando a otros tantos Reyes españoles —la dinastía más inmediata de nuestra historia— pueden haber sido seleccionados por el azar, forzado el portadista a elegir entre una serie de alegorías más o menos sugerentes. Acaso fue un destello feliz o una última apresurada necesidad. No importa ya (no importa aquí: quédense la sugerencia los estudiosos del signo gráfico). Lo cierto es que esta recurrencia filatélica de la portada me parece perfectamente intencionada: el libro está escrito con una minuciosidad y parsimonia de coleccionista, y no precisamente por su estilo, a veces galopante y desencadenado, sugestivo y vibrante, sino por la paciencia que se adivina tras las anécdotas y sucesos que dan forma a esta «pequeña historia» de los Borbones. El autor se ha entretenido en los aledaños de los documentos, en los rincones menos frecuentados de los archivos y en los entresijos siempre desdeñados de las grandes tensiones políticas, las grandes conquistas bélicas, las grandes declaraciones y estrategias. Cabezas ha marginado la «grandeza» de la Historia en favor de la pequeñez de la vida cotidiana, pero sin perder la tercera dimensión de la perspectiva caballera, tan apta

para proyectar objetos reducidos, en la cual todas las líneas de fuga terminan por unirse en este punto imaginario que no es el resultado, pero lo sintetiza. Y todo ello, todo este artificio de detalles minúsculos, traspasado por una pasión entomológica que no se queda en la simple neurosis del ocio atento, sino que apunta, por un lado, a la imposible definición de la Historia, o quizás mejor, de los diversos métodos de enfrentarla.

Si la producción histórica es la producción de sentido, resulta obvio que tal «sentido» —esto es, tal pretensión de inteligibilidad— deba buscarse por aquellos caminos que más rápidamente nos acerquen a la meta que en cada caso se persiga. Caminos coincidentes siempre en aquel esquema de perspectiva caballera que más arriba se indicaba. Pueden ser los de las llamadas historia «original» y «objetiva», o el difícil —descalabrado y tantalizado— tránsito a la «filosofía de la historia». En cualquier caso, acabárase siempre incurriendo en la lúdica veleidad de Hegel: «historiador es el que a partir de lo que ha sucedido ya en la realidad y ha sido superado por ella, de lo que está disperso en recuerdos subjetivos y fortuitos y ha sido conservado solamente en fugitivas reminiscencias, compone un todo y lo deposita en el templo de Mnemosine para conferirle una duración inmortal».

Mnemosine —memoria—, como madre y síntesis de las nueve musas que nos han de conducir, a través de sus respectivos sende-

ros, símbolos y negligencias hasta acercarnos a la gran metáfora histórica Búsquese su segundo término en la heterodoxia —«errante aventura del no ser en pos de una oportunidad para poder manifestarse por sorpresa y sin riesgo a consolidar la figura antagónica» (Cueto Alas)— o simplemente en los deslucidos ropajes y olvidados trozos de cartón piedra que han quedado entre bambalinas caídas y luces apagadas después que los protagonistas olvidaran el sonido de las palmas y silbidos (la euforia premeditada de los alabarderos). A la larga —aunque la búsqueda se hubiese orientado, **comm'il faut**, por la brújula de la racionalización científica—, el resultado habrá de ser desconcertante y, ya que no «inexacto», sensiblemente descabalgado del propósito inicial. ¿Homero o Tucídides? ¿Pirenne o Michelet? Al cabo, siempre Hegel: «la consideración filosófica no tiene otro objetivo que el de proscribir la contingencia».

La contingencia, es decir, la búsqueda del sentido a través de los datos no enteramente fidedignos o de las realidades no necesariamente determinantes del irreverente ringorrango bautizado como Ciencia, Orden o Verdad —esquemáticas mayúsculas—; la contingencia marca desde su primera página a este libro sobre la «cara íntima» de los Borbones.

Juan Antonio Cabezas, polifacético y prolífico —(su bibliografía) «alcanza los cincuenta volúmenes, entre novelas, biografías de personas y ciudades, libros de viajes y de muy diversa índole, sin cesar en sus trabajos periodísticos»—, intenta con este libro mostrarnos algo de lo ocurrido entre bastidores, persiguiendo desvelar irónica y subrepticamente la cara oculta de los casi tres siglos que, bajo su lupa de filatélico habituado a descubrir diferencias de tintada y desgarros del dentado, se nos muestran a través de las intrigas paláciegas, los guñones tras las cortinas, los cuchicheos en las esquinas, los chascarrillos de las tertulias, los secretos de alcoba, los susurros de trastienda, los pormenores de la gastronomía, los caprichos del vestido, las letrillas de ciego y el palimpsesto del rumor, la cábala, la calumnia y el correveidile, en fin,



(1) Juan Antonio Cabezas, *La cara íntima de los Borbones (pequeña historia de una dinastía)*, Editorial San Martín, Madrid, 1979.